

Cuentos insólitos

Cuentos insólitos



(2ª EDICIÓN)

Pablo **O**lveira **E**rrecart

Ediciones **P.O.E.**

Obra: © *Cuentos insólitos*
Autor: © Pablo Olveira Errecart (P.O.E.)

© (QUEDAN RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS)

© Ediciones P.O.E.
paboolveira73@gmail.com

ISBN: 9789403700717
DL GI 577-2025

© Segunda edición: Blanes (Gerona, España), 2025

Realizada a través de Bookmundo:
Delftsestraat 33
3013AE Rotterdam
Países Bajos
info@bookmundo.com

(Impresa en España por Podiprint)

© Primera edición: Barcelona, 12 de septiembre de 2019
Realizada a través de Mibestseller

© Diseño de Cubierta: © P.O.E.

**(Esta segunda edición ha sido revisada y modificada por el autor,
reemplazando así a la primera; la cual queda, de esta forma, obsoleta.)**

© P.O.E.



*Dedicado a lo más puramente extraño
a la propia consciencia en sí misma
causa insólita de la existencia*

maravilloso

misterio

insondable

P.O.E.

Introducción

“Dios te libre, lector, de un prólogo largo y de malos epítetos”

(Francisco de Quevedo)

Índice

El predador.....	9
Metempsicosis.....	29
El extraño doctor Suárez.....	49
Tredecafobia.....	65
El intruso.....	93

Colofón.....	108
--------------	-----

El predador

Somnoliento, el muchacho abrió sus pesados párpados bajo el fulgor intenso del lucero del alba. El bosque entero yacía en calma y empezaban a oírse los fervorosos cantos matutinos de las aves desde sus escondrijos, situados en las tupidas ramas de los árboles gigantescos que conformaban la indómita e inmensa arboleda frondosa. Descomunales rocas abrían paso al cauce del riachuelo que saltaba desde la cascada y se extendía, ondulándose y murmurando, hasta donde en la lejanía —tras cruzar la planicie asilvestrada— resplandecía el brillo púrpura del mar en el espejo plateado del horizonte. La umbría madre selva trepaba

tortuosa por escollos y árboles rodeando al zagal —aún acurrucado y perezoso—, tendido sobre la hierba húmeda y cubierto con la piel cálida de algún animal salvaje. Por entre la copiosa enramada, se filtraban con pálida timidez los rayos dorados del sol, apenas salpicado por unas nubes bajas que se disipaban anunciando un nuevo día en la extraña región.

El chico apartó el áspero manto con que se tapaba y se incorporó bostezando. Su cuerpo desnudo e imberbe estaba habituado a la inclemencia del tiempo agreste y no sentía frío, a pesar de la brisa fresca con que la mañana alentaba la quietud en esa especie de taiga. Miró varias veces a su alrededor con la perspicaz sensación de estar siendo observado; mas no se amilanó y avanzó hacia una orilla próxima del

arroyo donde —agazapado— puso los labios en forma de “o” para succionar el agua con el ansia de un cachorro de lobo sediento.

Un detalle perturbó su calma. Aún cabizbajo, pudo observar, a través de las cristalinas aguas, que no había ningún pez nadando en ellas. Se levantó y permaneció a la expectativa durante algunos instantes. Tampoco se oía ya el trinar de los pájaros mientras se levantaba una ligera ventolera que ululaba a través de los recovecos rocosos. De repente, entre la maleza del otro linde del río, avistó una sombra que removía las hojas de algunos matorrales espigados; pero pronto se disipó y la naturaleza entera reanudó su agitado brote matutino: los peces inundaron las aguas y los pájaros cantaban de nuevo con su habitual